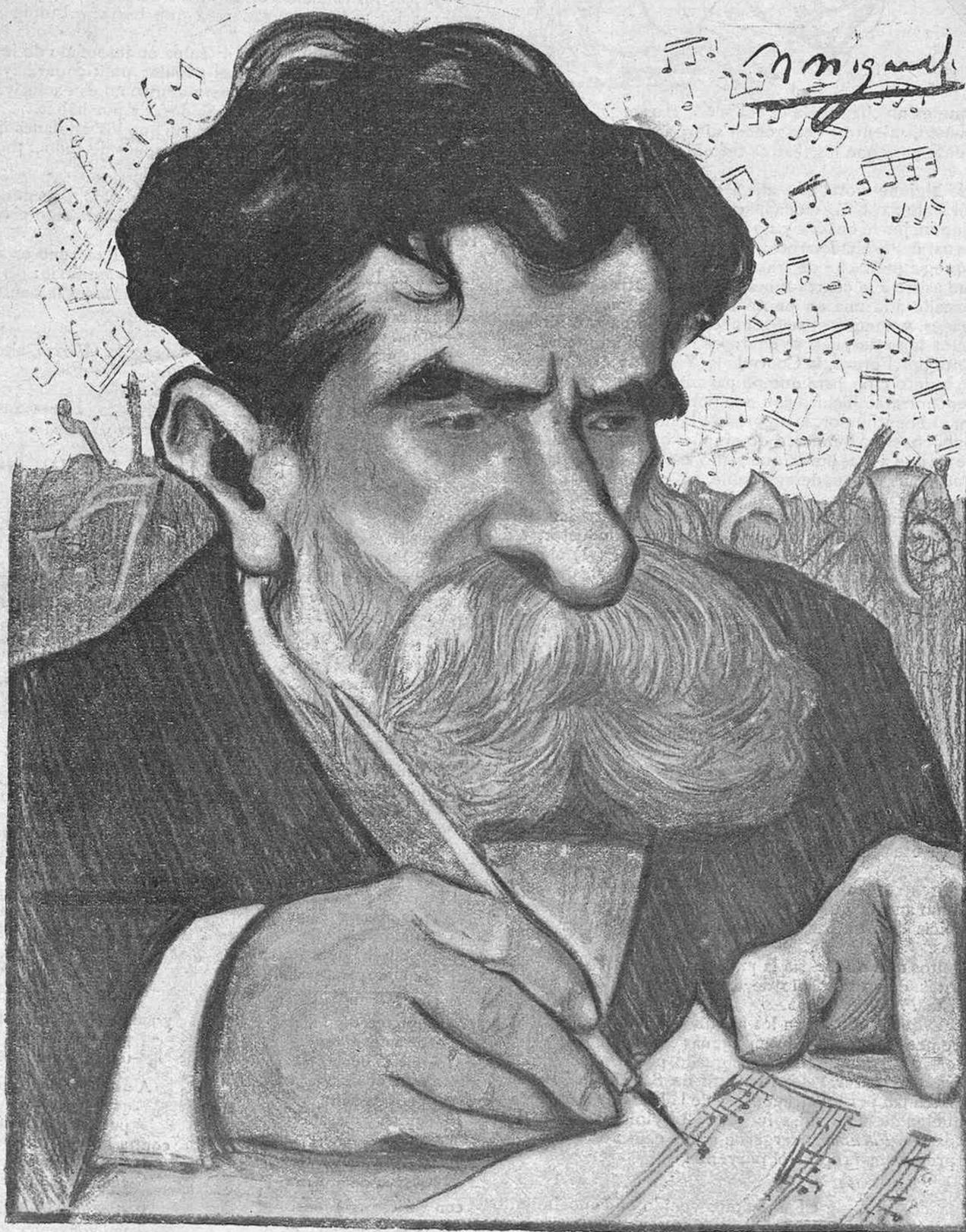




Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

El maestro Bretón, caricatura de M. MIGUEL



A más de su inspiración
lo que le distingue es
su constancia y su tesón;
por eso, más que *bretón*,
me resulta *aragonés*.

15 CENTIMOS

SUMARIO

Texto.—De todo un poco, por Félix Limendoux.—¡Señor Alcalde mayor!..., por Manuel Soriano.—Las langostas, por Paul Appray.—Quisicosa, por Luis Sánchez Aláez.—Por indisponerse, por Ernesto Polo.—Baturrillo, por Fray Candil.—¡Picaruelal!, por A. Serra Cubells.—Soneto, por José Cayhuela.—Chamberí por Fuencarral, por E. Navarro Gonzalvo.—Sin apuntador, por Rocambolo.—Floreo electroterápico, por Andrés de Arzadún.—Nuestro certamen.—Correspondencia particular.—Anuncios.

Grabados.—El maestro Bretón, caricatura de M. Miguel.—Las langostas, ilustraciones de J. R.—Conversación taurina, por Arveras.—Género infimo, por F. Bae.—Cantar popular, por Cáspera.—Precoeldad, por Méndez Alvarez.—La merienda improvisada, historieta, por Cara (P.).



¡Mire usted que es mucha manía la del señor Barroso!

No está dispuesto, mientras sea gobernador, a revocar la orden dada recientemente para que los teatros terminen sus funciones a la una en punto.

Las razones de higiene moral que alega me parecen ridículas en «los albores» del siglo xx. Cada ciudadano es dueño de retirarse a su casa a la hora que mejor le cuadre y no he de ser yo quien acepte la protección paternal del señor Barroso: se lo participo muy seriamente sin miedo a que se me tache de trasnochador.

El público que asiste a la cuarta función de los teatros por horas, si lo echan a la calle a la una en punto se refugia inmediatamente en cafés y colmados, y aunque el señor gobernador crea que Madrid duerme en paz una hora después, se equivoca de medio a medio.

Dése una vuelta por Fornos, la Central, la Viña P y otra porción de sitios que no quiero citar para que no parezca denuncia, y tendrá la sorpresa de encontrarse incluso con una porción de amigos suyos. La expansión, el buen humor, la alegría de la juventud y las ganas de cenar no pueden estar a merced de ningún bando gubernativo.

Con el detalle de que a esas horas, que tanto asustan al Sr. Barroso, es muy raro que ocurra algo desagradable en cualquiera de esos sitios.

En cambio, a las doce del día, con plena luz meridiana, se incendia el coche de un tranvía eléctrico, matando además al conductor, y a las ocho de la noche cuando en toda su esplendidez luce (?) el magnífico alumbrado de la villa, riñese batalla campal en la calle de Cedaceros...

Crea el Sr. Barroso que es otra la higiene moral de que debe cuidarse. Y si usted quiere meterse en cama a las ocho de la noche... ¡que usted descanse!

Al recordar, de pasada, el alboroto estudiantil de estos días y de media España, viene a pelo hablar de otro nuevo aspecto que comienza a dibujarse en estas algaradas de la juventud.

Los estudiantes de Santiago por sí y ante sí, han cerrado las casas de juego, protestando de que allí esté de texto el libro de las cuarenta hojas.

Esto no entraba en el plan del señor conde de Romanones, y es de presumir, que si tales iniciativas cunden, la regeneración tan decantada nos venga por ese conducto, economizándole la labor a los futuros gobiernos.

Si los estudiantes se dedican a descubrir crímenes, y en vez de correr la tuna como antiguamente, se empeñan en correr a todos los mundos que la policía deja en paz, vamos a vivir en el mejor de los mundos habitados.

Veo ya los sueltos que publicaría la prensa:

«Los estudiantes de primer año de derecho, detuvieron ayer al conocido espadista Piripitipi chico».

«Gracias al celo que demuestran los alumnos de la Escuela de Veterinaria comeremos este año cerdo en buenas condiciones».

«El motín de las verduleras fué apaciguado por los alumnos de Agricultura é Historia natural del Instituto de San Isidro. Parejas de estudiantes patrullan por los alrededores de la Plaza de la Cebada».

«La última huelga de modistillas fué disuelta violentamente. Estudiantes de todas las Facultades cargaron sobre ellas.»

¡Cuántas sorpresas nos prepara el porvenir!

Con la muerte de Li-Hung-Chan, hemos venido en conocimiento de una porción de anécdotas de su vida, que ponen al difunto chino por encima de las nubes.

Pero de todo cuanto ha contado la prensa, nada ha producido en mí tanta admiración como el hecho de que el célebre mandarín se supiese de memoria ¡40.000 versos!

Esto constituye el *sumum* de la alta educación de un chino, y es verdaderamente asombroso; pero ya le hubiera yo dado a Li-Hung-

Chan, para que se los aprendiese de memoria, 40.000 versos de un poeta modernista, Villaespesa por ejemplo.
40.000 X 4 en cada verso, ¡160.000 ripios!
¡Memoria se necesita!

Guillermo II de Alemania ha asistido a un banquete de *vegetarianos*, y después de atracarse de verduras como un Emperador, resumió su brindis en estas elocuentes y oportunísimas frases:

—Señores: la comida ha sido excelente y todas las legumbres condimentadas con arte exquisito. Estoy de acuerdo con la teoría de ustedes y acepto esos platos para mi mesa... pero ¡sin que falte la carne! Yo creo que el poderío de Alemania se debe a tres cosas exclusivamente: *beef, beerand y Bismarck*.

O sea, traducido literalmente: *buey, cerveza y Bismarck*.

Noten ustedes que Guillermo II coloca al *Canciller de hierro* detrás del buey; no sé si será por pura precaución ó porque crea más importante la carne que la política.

Aquí también podía hacerse la frase, aunque en sentido contrario para dar idea de nuestra decadencia, diciendo: *cocido, peleón y Sagasta*. ¡Con razón anatematizan muchos al *vil garbanzo*!

Romero Robledo censurando el programa de Manresa, según el cual los catalanistas piden cinco ministros para su uso particular, ha dicho en pleno Parlamento:

—¡Pedir los catalanes un ministro del Interior! ¡Para qué pueden necesitarlo? ¡Como no sea para que barra y limpie el establecimiento!...

La justa ironía de la frase disculpa el desenfado de la misma.

Lo que me extraña es que el popular político no haya caído en la cuenta de que eso de barrer para dentro no es exclusivismo catalán; sino de todos los ministerios habidos... y por haber.

Por lo demás nada más lógico sino que los catalanes quieran tener un ministro para barrer la tienda: después de todo... ¡horteras!

El maestro Calleja tiene la exclusiva de los *chistes* enrevesados.

Por los saloncillos de los teatros va dejando siempre un rastro de *calembourgs* que marcan su paso.

Hace tres noches cuando hablábase del estreno en el Español de la obra de Leopoldo Cano, nos decía muy en serio:

—Lo que no me explico es cómo los autores la han tomado ahora con los meses para hacer obras.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues nada: que primero se estrenó la *Marcia*, ahora la *Maya* y no falta más sino que venga la *Junia*...

¡Cosas de Calleja!

FÉLIX LIMENDOUX

¡Señor Alcalde mayor!...

Yo no digo ni jota
señor Alcalde,
de los tranvías
que atropellan y matan
á un transeunte
todos los días.

Yo tampoco denuncio
que el pan es caro,
falta de peso,
pues, aunque lo denuncie
ya se que nada
logro con eso.

Yo me callo, aunque veo
que los faroles
del alumbrado
se encienden diariamente
mucho más tarde
de lo mandado.

Yo no digo una jota,
por más que alguno
me lo pregunte,
de que aun hay por las calles
pobres que atracan
al transeunte.

En fin, no digo nada
de lo que veo,
que es bochornoso,
sólo para que nadie
pueda decirme
que soy chismoso.

Pero ¡ay! señor Alcalde,
si usted supiera
lo que me pasa
con varios organillos
que se estacionan
frente á mi casa...

Apénas surge Febo
de entre las brumas
matutinales

y se apagan las luces
de los faroles
municipales,

un maldito organillo,
que Dios confunda,
tiene el empeño
de hacer que me despierte
en lo más grato
del primer sueño.

Y aunque por lo importuno
le escucho siempre
de mala gana,
él está allí sonando
¡hasta las doce
de la mañana!

Yo grito, me sulfuro,
paso las penas
del Purgatorio,
y él, tan tranquilo, sigue
dando á los vientos
su repertorio.

Y esto todos los días
y á todas horas,
señor Alcalde,
y aunque protesto y grito,
¡todo es inútil,
todo es en balde!

A usted, pues, le suplico
que á rajatabla
publique un bando
contra los organillos
que por las calles
andan tocando.

Y si contra medida
tan conveniente
protesta alguno,
¡que le den tres patadas
en donde sea
más oportuno!

MANUEL SORIANO

PARÍS

Las langostas.

Después de diez años de una intimidad absoluta, viviendo bajo el mismo techo, comiendo juntos siempre y partiendo la bolsa como



los dos amigos célebres de *La Diva*, Jacobo Sibemol y Luis Becuadro se odian hoy á muerte de una manera absoluta.

Y sin embargo habían sido tan íntimos y tan inseparables como lo fueron Castor y Polux.

Y ¡todo por una insignificancia!

Es decir; no debe llamarse insignificancia al hecho de que Luis Becuadro contrajese matrimonio con una joven viuda llamada Estefanía Gavota.

¡Si, señores, sí! Desde el momento en que la Gavota (Estefanía) fué la señora de Becuadro, se

hizo imposible la vida íntima entre los dos amigos; y no sólo la vida íntima sino la vida del trabajo.

Porque olvidé decir á ustedes que Jacobo Sibemol y Luis Becuadro eran colaboradores.

Ambos componían *couplets* y canciones para todos los *concerts* de París: el primero hacía la música y el segundo las letras intencionadas y picarescas que repetía todo Montmartre.

Estefanía vino á romper esta colaboración originalísima y á privar al público parisién de un género de *couplets* que hasta entonces había hecho las delicias de todo el mundo.

Con la autoridad que le daba su ignorancia absoluta del arte musical, inmiscuíase en el trabajo de ambos colaboradores pretendiendo dirigir la marcha de la producción.

Becuadro aceptaba la ingerencia de su esposa en la parte poética y atendía cuantas opiniones permitíase Estefanía, á propósito de los asuntos y de la rima; pero Sibemol no creyó digno para su honor profesional tolerarle ciertos consejos y ciertas observaciones á propósito de su música.

De aquí nació el divorcio artístico de aquellos que durante diez años jamás habían discutido lo más mínimo en nada.

Lo que determinó principalmente aquella ruptura fué el empeño de Estefanía de que Jacobo Sibemol había de componer una marcha fúnebre para el *entierro de la sardina*, *couplet* que ella había obligado á escribir á su propio esposo.

Sibemol se opuso rotundamente; Becuadro defendió el criterio de Estefanía y la discusión fué tan acalorada que degeneró en riña; hubo palabras gruesas y tras las palabras vinieron á las manos ambos amigos.

Ante un empujón vigoroso del músico, Becuadro cayó dando en el borde la chimenea y abriéndose la cabeza.

(Afortunadamente no salió nada).

Su mujer, furiosa é indignada por aquella acometida tan brusca, abalanzóse á Sibemol de una manera brutal y en fuerza de arañazos le hizo caer en tierra.

Fué una escena horrible, intervino la criada, y desde aquel instante quedaron en suspenso las relaciones y empezó á germinar entre ellos el odio más profundo.

A pesar de esto, siguieron ambos ex-amigos viviendo en la misma casa aunque en distintos cuartos.

Además de que ninguno de ellos quería abandonar la casa por conveniencias de local y sitio, les obligaba á seguir allí el gusto de vigilarse mutuamente para poder aprovechar una ocasión propicia que sirviese de venganza.

He aquí ahora la que la casualidad le proporcionó á Sibemol. Una mañana cuando éste se disponía á salir, oyó á través del endeble tabique que le separaba de sus odiados vecinos, la siguiente conversación:

—Oye, Estefanía; ya sabes que mi capricho de siempre es comer una buena langosta.

—Pues hoy mismo la comerás.

—Y ya sabes que eso no hay que confiarlo á la chica; convendría que tú misma la compras.

—Yo misma iré si ese es tu gusto.

Estefanía salió dirigiéndose á la pescadería de aquella misma calle donde solía comprar frecuentemente.

Sibemol que había oído toda la conversación, salió tras ella y fué siguiéndola.

Cuando Estefanía fué á ajustar la única langosta que el pescadero tenía, empezó á discutir con éste el precio.

—Si la quiere usted puede llevársela en tres francos: es lo último.

—No le doy á usted más de dos cincuenta.

Aquello fué la pérdida de Estefanía, porque apenas lo hubo dicho, acercóse Sibemol diciéndole al pescadero:

—Doy por ella tres francos cincuenta céntimos.

El crustáceo fué para Sibemol.

Corrida y avergonzada Estefanía, dirigióse á otro vendedor de pescado; pero la escena se repitió de la misma manera.

Corrió diez pescaderías, quince, veinte y en todas ellas el bárbaro de Sibemol fué repitiendo el mismo juego con una tenacidad digna de admiración.

De aquel barrio, pasaron á otro, corrieron medio París y siempre Sibemol estorbaba la compra de la suspirada langosta.

Por fin, harta de correr calles, rendida y medio loca volvió Estefanía á casa al cabo de tres horas ó cuatro.

La decepción de Becuadro al ver que su mujer no traía el apetitoso marisco, trocóse en indignación cuando supo la causa que lo había impedido...



¡Pobre Sibemol!
Aquel capricho, además de costarle cerca de quinientos francos, fué causa de que perdiese á su antigua criada que ingresó á poco en el manicomio, loca perdida cuando tuvo que aderezar aquella tarde más de trescientas langostas!...

(Ilustraciones de F. R.)

PAUL APPRAY

Quisicosa.

Se alababa un valentón, con orgullo desmedido y extremada presunción, de tener y haber tenido siempre mucho corazón.

—Cien veces tengo probadas mis cualidades—decía,— pues cien veces, mal contadas, he reñido á puñaladas con entera sangre fría.

Os asombra lo que digo, y es natural que os asombre: ninguno riñó conmigo sin que yo, que soy un hombre, le dividiera el ombligo.

Cuando juego, siempre gano, porque á los demás me impongo con la navaja en la mano. Yo todo lo encuentro llano siempre que me lo propongo.

¿Que la mujer de cualquiera con su arrogante palmito me trastorna la sesera? Pues sin vacilar siquiera dos segundos, se la quito.

Y si el hombre á quien ultrajo osa imponerse el trabajo de vengar su honra ofendida, si puedo, de un solo tajo le quito también la vida.

Al más bravo yo lo domo, lo hago dócil como un perro; y, segundo Juan Palomo, me lo guiso y me lo como, es decir, mato y entierro...

Esto dijo el valentón, y de su feroz lenguaje dedujo esta conclusión: Tener mucho corazón estriba en ser un salvaje.

LUIS SÁNCHEZ ALÁEZ

Por indisponerse.

El tenor:—Señor Martínez, suplico á usted que se calme, porque si no está tranquilo, no va á poder enterarse de las causas que me obligan á no cantar esta tarde.

El empresario:—Le dije cuando vino á contratarse, que no gustaba de excusas, es decir, de enfermedades; tengo el teatro vendido ¡y son mil localidades!

El tenor:—Pues yo no canto.
El empresario:—Usted calle y obedezca como debe.

El tenor:—¿Va usted á echarme?
(*El empresario furioso* tiene un garrote al alcance de la mano y lo enarbola):
—¡Usted de aquí ya no sale porque no me da la gana!

El tenor:—¡Desde este instante no pertenezco al teatro! Usted no accede y no hace porque yo aparezca enfermo... me voy y acabamos antes.

El empresario (en el colmo del despecho y del coraje):
—¡Animal! ¡Poca vergüenza! (Le da un palo formidable que le hace caer al suelo).

El tenor: ¡Me ha hecho usted sangrel

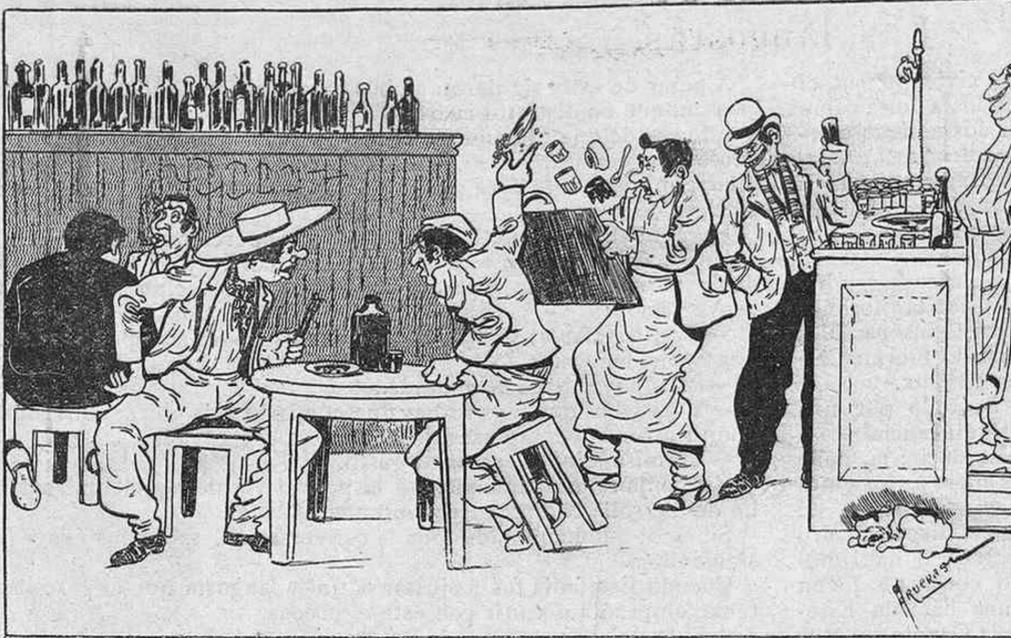
*

El tenor:—Pues le perdono si es que anuncia en el instante que por hallarme indispuerto no he de cantar esta tarde.

El empresario (llorando á lágrima viva, aparte):
—¡Se ha salido con la suya y no hay medio de que cantel

ERNESTO POLO

CONVERSACIÓN TAURINA, por ARVERAS



Era un toro ¡así de alto!
¡fenomenal!...
Y perdone usted el modo
de señalar.

Baturrillo.

¿Por qué no se queda usted en Madrid de una vez? Nos falta un crítico (inclinación mía de cabeza) que diga las verdades al lucero del alba.—Así me hablan muchos amigos.—Ya ha viajado usted bastante...

—Con gusto viviría en Madrid sino fuese por el aire del Guadarrama. Apenas pongo los pies en la villa de Aguilera y del madroño, empiezo á estornudar y luego á toser que es un gusto.

Estos catarros sagastinos me quitan el humor para todo.

—Sí, debe usted quedarse. Así no fingirán olvidarle los que le quieren mal, que son muchos.

—Ya sé que todos aquellos de quienes dije pestes *in illo tempore* ó de quienes no dije palabra, conspiran en la sombra contra mí, y cuando algún hispanófilo les pide informes sobre el movimiento literario español, omiten mi nombre, como si yo no hubiera escrito una mala carta en mi vida. El procedimiento es viejo; ya se quejaron de él

GÈNERO ÍNFIMO, por J. BAC



—Has estado admirable cantando *La Pulga*.
—¿Sí?
—Como que aún me pica.
—Pues, hijo, ya sabes: si te pica...

Schopenhauer, en Alemania, y *Clarín* en la Península. Cuando se publicó *La Regenta* nadie le dijo por ahí te pudras. Verdad es que los más de esos hispanófilos suelen ser reaccionarios ó académicos. Ahí está por ejemplo la *Historia de la literatura española*, del inglés Fitzmaurice-Kelly, traducida por Bonilla San Martín y prologada por Menéndez Pelayo. La obra, en general, peca de ligera, aunque es menos ramplona que la del P. Blanco García. Claro está que mister Fitzmaurice no sabe de mi existencia y eso que llevo publicados algunos volúmenes que merecieron elogios de las principales revistas londonenses y parisienses.

Me consuela que también se omita el nombre de Pi Margall, quien sobre manejar la pluma con precisión y elegancia, es un historiador, *au jour le jour*, incomparable. Sólo el ilustre anciano osa decir en España las verdades más amargas, importándosele un rábano de que los patrioterros le excomulguen. Pi y Margall es *único*. Yo no sé de ninguna nación que cuente un hombre más íntegro, más culto, más inteligente y más noble.

En la historia literaria de Fitzmaurice (de la que pienso hablar largo y tendido en otra parte, quizá en una revista de París), se co

CANTAR POPULAR, por «CÁSPITA»

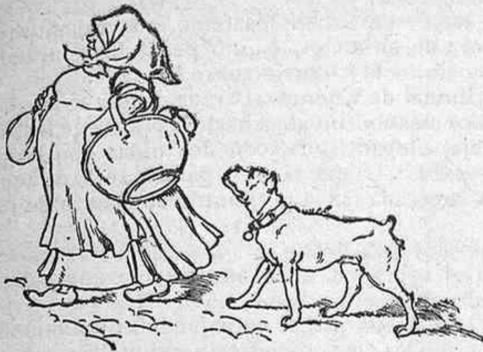


—Escuche usted, mozo bueno,
no gaste usted *fantasía*,
que el carro de la basura
también gasta campanilla.

meten otras injusticias atañaderas á escritores españoles del día. Un historiador no puede *omitir* nombres, ni tiene derecho de desdeñar á nadie, sobre todo, cuando el historiador huele más á gacetillero que á historiador propiamente dicho. Entre los novelistas españoles contemporáneos no cita el crítico inglés á Ortega Munilla, ni entre los satíricos á Cavia. ¿Qué le hemos hecho para que nos entierre en vida? Ya caigo. Probablemente Mr. Fitzmaurice se dirigió en demanda de informes y datos á doña Emilia Pardo Bazán, al Sr. Bonilla que, por las trazas, aspira á académico, y á otros literatos más ó menos Cotarelos. Claro, yo, para ellos no valgo un pito, por la sencilla razón de que no les doy bombo. ¡Oh, doña Emilia rencorosa y exhibicionista! No crea usted que he de pagar en la misma moneda á los que *me ignoran*. Lejos de eso, en unos estudios que sobre literatura española preparo para *La Revue des Revues*, de París, he de hablar de todos ustedes. Y ya pueden ir mis fieles enemigos preparando anónimos en que digan al editor francés que soy ateo, que no tengo personalidad literaria... No sería el primer caso. Pero á todo eso respondo escribiendo. Si lo que escribo vale la pena, lo publicarán, á pesar de los anónimos; si no vale nada, no lo publicarán, aunque se empeñe el Papa.

FRAY CANDIL

LA MERIENDA IMPROVISADA, por «CARA (P.)»



— 1 —



— 2 —



— 3 —



— 5 —



— 4 —



— 6 —

Soneto.

Formando catarata embravecida
 descende el agua por el tajo horrendo,
 y en el lecho de rocas va cayendo
 la inmensa masa, sin cesar vertida.
 Y tiene tal empuje en su caída
 que, al chocar en el fondo con estruendo,
 lentamente consigue ir destruyendo
 la dura roca, á su poder vencida.
 De lágrimas la inmensa catarata
 que los ojos del triste ú oprimido
 forman, llorando en incesante duelo,
 no logra quebrantar la suerte ingrata
 de tanto ser que vive irredimido
 en esta sociedad de alma de hielo.

JOSÉ CAYHUELA

¡Picaruela!

PRECOCIDAD, por MÉNDEZ ALVAREZ

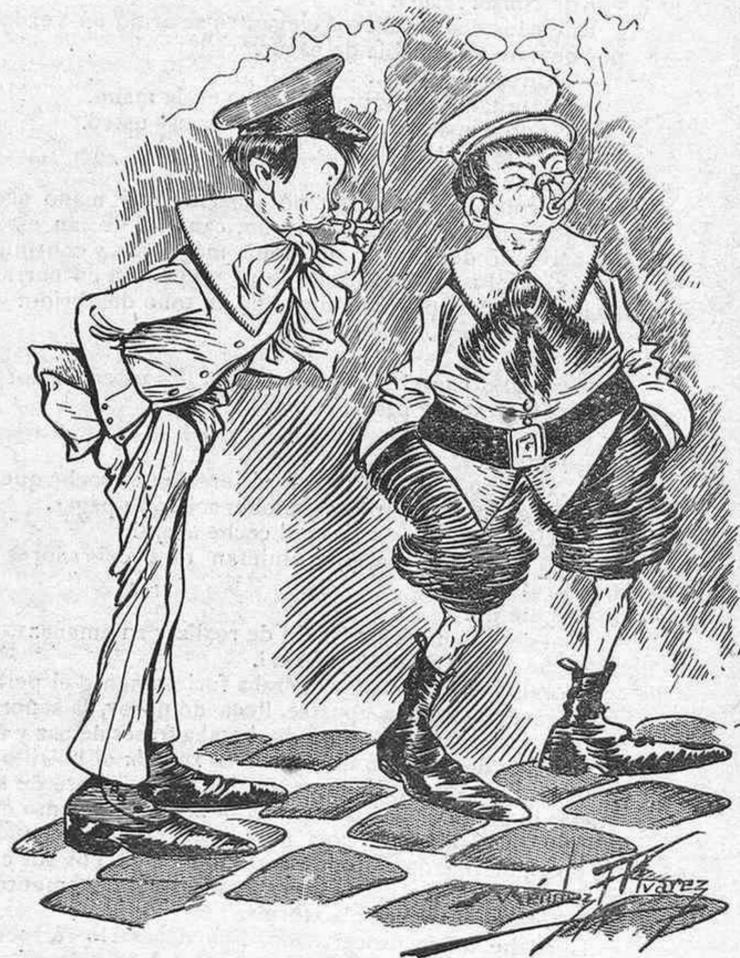
Ya comprendo por qué lloran tanto
 tus ojos azules,
 querida Asunción;
 mas te ruego que enjugues el llanto
 y olvides lo que hice
 sin mala intención.
 Analiza, si quieres con calma,
 lo leve del caso
 que te hace llorar,
 y confiesa, serrana del alma,
 que tu platonismo
 me impele á faltar.
 Aunque el ir por la noche corriendo
 tras una muchacha
 que gasta mantón,
 no es faltarte, serrana, sabiendo
 que sigues la escuela
 del puro Platón.
 Y pues sigues el rumbo marcado
 por ese amor tonto
 que no cabe en mí,
 ¿qué te importa que te haya faltado,
 si virgen el alma
 guardé para tí?
 ¿No decías, poniéndote seria
 la tarde que quise
 tus labios besar,
 que desprecias mi torpe materia,
 que en mi sólo el alma
 podías amar?
 Pues entonces ¿por qué te ha enfadado
 que vaya con una
 que gasta mantón,
 si mi cuerpo tan sólo ha faltado
 y el alma es más pura
 que la de Platón?
 Tenazmente luchaste aquel día

¡Oh divino Platón, qué imbécil eres!
 CAMPOAMOR

que quise tus labios
 de grana besar
 y en mi larga y amante porfía
 ni el llanto vertido
 te pudo ablandar.
 Vanas fueron las muchas razones
 que en voz dulce y baja
 te quise exponer,
 tú dijiste: que nunca, que nones,
 que vuelta, que dale,
 que no puede ser.
 Te dí entonces mi alma sin tacha;
 más libre este cuerpo
 que tanto odias tú
 se prendó de esa linda muchacha
 que vale más oro
 que tiene el Perú.

¡Ya me besas, serrana, y me besas
 con fuego en los labios,
 con loca pasión!
 Serranica del alma ¿confiesas
 que fué un gran imbécil
 el sabio Platón?
 Bésame: bésame así cuantas veces
 tus labios lo ansien.
 ¡Más besos! ¡Así!
 ¡Un abrazo... ¿Por qué te entristeces,
 serrana del alma,
 por qué huyes de mí?
 ¿No me das el abrazo que pido
 y aceptas mis besos
 con súbito afán?
 Entendido, serrana, entendido.
 ¡Preferes la sopa,
 no el caldo ni el pan!

A. SERRA CUBELLS



—¿Tú te tragas el humo?
 —¡Cá, hombre! Para eso tendría que quitarme los pantalones...



Chamberí por Fuencañal.

La tarde estaba desapacible, fría, lluviosa.

Acababan de sonar las siete en el reloj del ministerio de la Gobernación, y un grupo de gente estacionada en lo alto de la calle de la Montera esperaba ansiosa la llegada del tranvía del Norte.

Llegó éste por fin, y en tumultuosa oleada todo el mundo se precipitó á las plataformas, decidido á tomarlo por asalto; hacia frío, se acercaba la hora de comer y no era cosa de perder el coche por empujón ó codazo más ó menos; la proverbial galantería española no quedaba allí muy bien parada, y las señoras menos ágiles y fuertes se contentaban con ir de pie en las plataformas, mientras los caballeros acomodábanse muy embozados en sus capas, en los asientos que habían conquistado á fuerza de puños. Y era de ver el contrastado semblante de aquellas pobres mujeres lanzando al interior del coche sus miradas, suplicantes algunas, irritadas las más, y de oír los murmullos de protesta que la actitud de los invasores les arrancaba.

Algunos representantes del sexo débil habían logrado, sin embargo, un asiento de preferencia, y sonreían orgullosas, como satisfechas de su triunfo.

Sonó, por fin, el silbato del conductor, y el carruaje, con un *superrabbit* que para sí lo quisiera en el presupuesto el actual ministro de Hacienda, comenzó penosamente su marcha.

Abigarrado y pintoresco por demás era el conjunto que presentaba el popular vehículo. En uno de los rincones, cerca de la puerta delantera, un chulo con su pareja, muy juntitos, muy arrimaditos, y hablando de *sus cosas* bastante alto para hacer que se chupase los dedos de gusto su vecino, un sacerdote, alto, grueso, fornido y colorado, soplando fuerte y sin saber dónde colocar las diez varas de paño de su inmensa capa, que le estorbaba de un modo atroz. Enfrente, una señorita muy elegante, rubia, enteca y paliducha, colocada entre el mozo de una salchichería, que llevaba sobre las rodillas un pringoso jamón, y un albañil, lleno de yeso desde la gorrilla hasta las alpargatas; el *blanco* obrero y el *untuoso* industrial, se encogían modestamente para molestar lo menos posible á la señorita, cuya constante ocupación era recoger con un movimiento nervioso las puntas de su largo abrigo y estirar el hociquillo y fruncir el ceño con aire de profundo disgusto. Un señor bajito y regordete castigaba con el bastón á su perro, un perrazo de aguas sucio y lleno de barro, que correteaba y se escondía debajo de los asientos, esquivando las caricias del palo y levantando murmullos de protesta entre los pasajeros, y una pobre mujer, triste y abatida, con un niño enfermo en los brazos, que lloraba y gemía de un modo desconsolador, mientras otros dos chiquillos apoyaban sus manecitas sucias sobre las rodillas de su madre, ó del vecino inmediato, á riesgo de dejarle inservible los pantalones; dos caballeros muy elegantes departían acaloradamente sobre política, y enfrente de ellos, colocado junto á la puerta, un mozállon moreno, mal encarado y peor vestido, se empeñaba en cerrar la puerta violentamente, operación que hacía el cobrador en seguida, en sentido inverso y con no menos violencia, sin que se cambiase entre los dos ni una sola frase. Terminó el cobrador su faena en la plataforma y comenzó á repartir los billetes por el interior, acompañando la entrega con la consabida advertencia: «Haga usted el favor de conservarlo».

Entre los dos caballeros elegantes se armó un verdadero pugilato por cuál de ellos había de pagar.

- Yo tengo suelto...
- Permitame usted; yo lo tengo en la mano.
- No lo consiento. Cobrador, no cobre usted.
- No, de aquí...
- Tome usted, hombre.

Y el cobrador, indeciso, no sabía de qué mano aceptar aquellos veinte céntimos, hasta que al fin, cansado de tan estéril discusión, los arrebató de la mano que tenía más cerca, y continuó la cobranza.

Tocó el turno al mozo que se empeñaba en cerrar la puerta, el cual rechazó el papelito, diciendo en tono desabrido:

- Yo no pago.
- ¿Eh?
- Que no pago he dicho, hombre. ¿Es usted sordo?
- ¿Tiene usted pase?
- ¡Ay, pase!
- Entonces...

—No pago porque van más viajeros en el coche que los que manda el reglamento, y no tengo obligación de pagar.

—¡Usted paga, ó lo tiro del coche abajo!

—¿A mí? ¡Ni aunque vinieran diez cobradores como usted, hombre!

—¿Que no?

Y el cobrador hizo ademán de realizar su amenaza, armándose en el coche una confusión infernal.

Lloraban los chiquillos, ladraba furiosamente el perro del caballero regordete; quería apearse, llena de pavor, la señorita vecina del jamón, y el sacerdote gordo barbotaba frases de paz y mansedumbre, mientras que el chulo del rincón se *rascaba* el bolsillo interior de la chaqueta y se colocaba en marcial actitud delante de su hembra, resuelto á defenderla si las cosas *iban mal dadas*, como él decía.

Afortunadamente la cosa no tuvo consecuencias; el mal pagador se apeó, empujado cariñosamente por casi todos sus compañeros de viaje, y el asiento vacío fué ocupado inmediatamente por una real moza que venía en la plataforma.

El coche había descarrilado. Fué necesario retroceder entre los gritos y juramentos del conductor, una lluvia de palos descargados sobre el lomo de las pacientes caballerías y las quejas de los pasajeros por el retraso que aquel contratiempo les ocasionaba.

Las quejas eran justificadas. A casi todos les haría comer la sopa fría la poca pericia del conductor.

Este, exponiéndose á ser detenido por blasfemo y anatematizado por la Sociedad protectora de animales, siguió pegando y jurando, y logró por fin volver á colocar el carruaje sobre los rails.

Llegó el tranvía al Tribunal de Cuentas. Parada. Nadie se apeó.

Algunos iban *arriba*. Los más continuaban hasta la puerta de Bilbao. Subió una señora vieja, elegantísima, con dos niñas con largos abrigos y sombreros *estrepitosos*. La mamá, pues parecía serlo de aquellos pimpollos, asomó la revocada faz y preguntó con acento de mal humor:

—¿No hay asiento?

—No, señora, replicó el cobrador, al mismo tiempo que daba la señal de marcha haciendo sonar el timbre.

La vieja presentó á entrambas niñas, empujándolas suavemente hacia el interior á fin de que las vieses, diciendo con meloso acento:

—Niñas, pasad... aunque sea de pie. Aquí dentro hace menos frío.

Las niñas y la mamá miraron cariñosamente á todos los viajeros *machos*. Ninguno se movió. La buena señora se mordía los labios con despecho, y exclamó bastante alto para que todos lo oyeran:

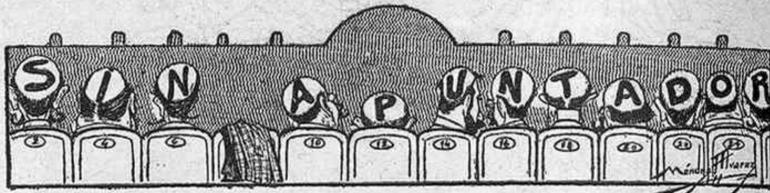
—¡¡Groseros!!

Nadie se dió por aludido.

Dos minutos después había yo llegado al término de mi viaje.

No había subido el revisor á molestarnos recogiendo los billetes. Verdad es que nadie los había conservado.

E. NAVARRO GONZALVO



El primer estreno de la temporada ha sido un éxito.

No es, sin embargo, *La Maya* obra que tienda á perpetuarse en los carteles de este teatro.

Ni Leopoldo Cano, como autor, ni el gran Berriatúa como empresario, han perseguido el *negocio* en esta ocasión.

Creo yo que con *La Maya* se ha pretendido exclusivamente rendir tributo al arte dramático en una de sus manifestaciones, cual es la del *simbolismo*.

Este género en la moderna dramática ha sido el más discutido de todos, al propio tiempo que es el de menos resultados económicos.

La Maya es una obra, salvando toda clase de respetos, que ha de ser quizá mejor apreciada por medio de la lectura que de la representación escénica.

Creo haber dicho bastante.

Thuillier bien nada más; Matilde Moreno muy simpática.



Es inútil insistir en lo mismo: la prensa diaria ha agotado toda la retórica del elogio al juzgar el genio de Zacconi, y no he de ser yo quien invente ditirambos que resultan inútiles.

El trabajo de esta eminencia artística es para *visto y oído* exclusivamente: no cabe juzgarlo de otra manera, sobre todo cuando existe una absoluta unanimidad sin el más ligero asomo de discrepancia por parte de nadie.

Lo único que se me ocurre añadir es lo siguiente: Compadezco á aquellos que no hayan podido ver á Zacconi.



Está en vísperas de inaugurarse. Por lo menos así lo hace creer la actividad que se imprime al trabajo en aquella casa.

Toda la compañía, numerosísima y de lo mejorcito, ensaya á diario las obras nuevas con que ha de abrirse el flamante coliseo.

Además de *Circe*, de Chapí, *Raimundo Lulio*, de Villa, y *Farinelli*, de Bretón, han comenzado los ensayos de *Emporium*, cuyo libro es del poeta modernista Sr. Marquina, y cuya música ha sido hecha por Emilio Serrano.

Si estas obras son grandes éxitos, como todo el mundo espera con ciega confianza, puede decirse en-

tonces que la Empresa no necesita más para dominar la temporada. Así sea en bien del arte lírico español.



Enhorabuena a López Marín y Cadenas. Sea un cuento alemán ó sea un cuento tártaro, a mí que no me vengan con cuentos: *La Dolora* es una pieza muy bonita, hecha muy á conciencia, con cierto prurito literario que no es cosa corriente en todos los autores de menor cuantía, y con una agradable sencillez que es á veces más sugestiva que toda la urdimbre complicadísima sobre que se basan otras obras del mismo género.

Todo esto fué la determinante del buen éxito obtenido, lo cual me complazco en hacer constar.

Y como no dispongo de mayor espacio para otra serie de consideraciones, me limito á felicitar también á los intérpretes de la obra.

Da gusto salir de estrenos como el de *La Dolora*: se va uno á la calle, después de aplaudir, satisfechísimo.

Lo cual no ocurre muchas veces.



No es noble hacer leña del árbol caído; por eso al hablar del estreno de *La Guajira* no debo ensañarme en el fracaso de la obra.

Como el incógnito de los autores es hoy lo mismo que el de todos los príncipes cuando viajan, se sabe que el padre de la criatura es nada menos que D. Miguel Ramos Carrión, y ya que sea imposible elogiar la obra, juzgada unánimemente como una lamentabilísima equivocación, reservemos nuestro elogio para el propio autor que, con su reconocido talento, no permitió la segunda representación de la obra.

Al revés de otros señores, para quienes no tienen valor las protestas de la noche del estreno, é imponiéndose á las empresas, las obligan á representar sus obras en noches consecutivas.

Se han dado muchos casos, ¿verdad?



Se preparan muchos estrenos en este teatro.

Los autorés, al fin, han caído sobre él, llevando cada cual el fruto de su ingenio.

Allá va la prueba:

Enseñanza libre, de Perrin y Palacios, música de Jerónimo Jiménez.

La fiesta del dos de Mayo, libro de Manuel Labra, música de Vives.

La sala primera, de Limendoux y Rojas.

La Reineta, de García Álvarez y Roig Bataller. Veremos lo que todo esto «da de sí».



Se estrenó *El chico de la portera*.

Angel Caamaño ha seguido en esta obrita procedimientos parecidos á los que ya empleó en la celebrada *Nieta de su abuelo*.

Contando con la gracia, la donosura y primor que Loreto Prado pone en todo su trabajo de actriz cómica, Angel Caamaño confeccionó su sainete versificándolo con soltura; y como esto fué lo que se propuso, y como así lo ha conseguido,

hay que felicitarle, lo mismo que á Chicote que, á pesar de cuanto dice *Caramanchel*, es uno de los mejores directores artísticos de que disfrutamos por estos teatros de Madrid.

Los elogios á Loreto Prado son de rigor; por eso mismo no los exagero, teniendo en cuenta que ni á ella han de halagarle más ni al público han de cogerle de sorpresa.

ROCAMBOLE

FLOREO ELECTROTERÁPICO

Trae á diario la prensa de mayor circulación artículos en defensa de un célebre cinturón, que á enfermo que se lo pone, con su eléctrica energía vuelve salud y alegría y á nada malo le expone.

Pero si al punto leéis otra vez la misma prensa, una relación extensa en seguida encontráreis en la que su autor encaja pruebas, en un dos por tres, para demostraros que es más eléctrica su faja.

«Cientos de enfermos curados vivientes testigos son de que nuestro cinturón da excelentes resultados».

«Pues la faja que yo vendo hay médico que asegura que con ella hallaron cura los que se estaban muriendo».

«El cinturón desarrolla electricidad constante;

la faja es una farsante, y lo que anuncia, bambolla».

«Lo que yo digo es verdad, y el cinturón, es probado que á muchos ha reventado por su exceso de humedad»

«Y eso ¿quién lo garantiza?»

«Todo el mundo que se queja».

«La faja se Polariza.. digo, no; se polariza».

«Pues demos por terminada la discusión, por ahora.

¡Muera la faja opresora, que no sirve para nada!»

Tal dicen los inventores de los objetos citados,

y no es raro que, asómbrados, se hallen miles de lectores.

Pero á mí se me da un higo de discusión tan sañuda

y solamente esta duda me pesa más que un castigo:

¿Qué pretenderá esa gente con prometeros ventura?...

¡Ya sé! ¡Meter en cintura á la humanidad dolientel

ANDRÉS DE ARZADÚN

NUESTRO CERTAMEN

Rasgos de ingenio.

El autor del chiste premiado en nuestro número anterior es

DON J. SIERRA DE LUNA

á quien hemos entregado, con las formalidades debidas, el décimo que le corresponde del número

22.075

que indudablemente saldrá agraciado en el sorteo del próximo día 30.

Esta semana, que como apreciarán nuestros lectores ha habido un poquito de más ingenio, ha correspondido otro décimo del mismo número al autor del chiste que publicamos sin firma á continuación, cuyo décimo puede recoger el afortunado, llenando los requisitos exigidos.

Enrique, estudiante de segundo año de medicina, ha perdido al billar el dinero del mes.

En semejante apuro, piensa escribirle al tío pidiéndole fondos, y se dirige á una papelería á comprar papel y sobres.

—¿Lo quiere usted con cifra?—le dice el dependiente.

—Bueno, me es igual.

—¿Qué cifra ponemos?—pregunta el dependiente, disponiéndose á tomar nota.

Enrique, tras una breve pausa:

—Ponga usted... 500 pesetas.

Entre baturros:

—Oye, Quirico, ¿quieres que hagamos un chiste?

—Y ¿qué es eso, tío José?

—Pues mira, una cosa que haga reír.

—¡Sí! pues pregúntale á tu hija lo que la hice anoche.

—Quirico; ¿qué la hicistes? dímelo pronto, que me estás ofendiendo.

—Pues qué la he de hacer, cosquillas.

Carlos Fernández.

En la peluquería:

—¿Quiere usted hierro para el bigote?

—No, señor, lo tomo en píldoras.

Dorothea Díez.

Gitano.—¿Me pué osté escribir una carta?

Memorialista (pluma en ristre).—Dicte usted.

Gitano (después de diez minutos de cavilar).—¡Pues no se me ocurre na! Ponga osté lo que quiera mientras voy á consolar á Weyler.

Memorialista (asombrado).—¿Cómo!

Gitano.—Voy á icirle: «¡Compare! No s'apene osté, que yo tampoco sirvo pa dictaor».

Leo:

«La expulsión de las Órdenes religiosas de Francia continúa produciendo mucho ruido en las altas esferas de la Iglesia».

¿Mucho ruido... en las altas esferas de la Iglesia?

¡Ah, ya!... ¡En los campanarios!

A. Serra Cubells.

—¿Qué haces ahí tan atareado?

—Pues ya lo ves, trampas para coger pájaros.

—Hombre, si quieres ahorrarte ese trabajo, yo sé donde hay muchas y hasta agradecerían que te las llevaras.

—¿Dónde están?

—En el Ayuntamiento.

Narciso Escolar.

En visita:

—Dime, monín, ¿estudias geografía?

—Sí, señora.

—¿Sabes lo que es monte?

—Donde está la capa de mi papá y el reloj de abuelito.

Leopoldo Shaw.

Entre niños ambiciosos:

—Yo quisiera ser obispo ¿y tú?

—¿Yo?... Pues quisiera ser... ¡un duro!

—Ser persona y moneda al mismo tiempo no es posible, ni nadie lo ha logrado.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no existen infinidad de personas reales?

J. Hernández.

Presentación:

—Tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo Ricardo Rodríguez.

—¡Tanto gustol...!

—¡Mi amigo Calixto Campanillas!...

—Me suena, me suena ese nombre...

En una casa de préstamos:

—Lo siento, pero no puedo darle á usted más de dos pesetas por esos pantalones. Ya ve usted que están remendados.

—Pues por eso creí que me daría usted más, porque llevan dos cu-chillos.

Ricardo Soaus.

Correspondencia particular.

O. C.—Santander.—Me quedo con las *olas* para cuando vengan bien.
A. T. E.—Málaga.—Es aceptable; pero convendría que no se pusiese usted tan triste, sobre todo para MADRID CÓMICO. Mande otra cosa de un tono más alegre.

F. R.—¿No cree usted que es una tontería eso de que la criada con- funde á Morfeo con un caballero particular? Si usted no lo cree así, yo, en cambio, soy de ese parecer y va á ser difícil que nos pongamos de acuerdo.

L. C. M.—Madrid.—Ese soneto me *huele* á anticuado y no parece *hermano* de lo que me envió usted antes.

Antibases.—Crea usted que *eso* es de una sencillez tan encantadora que parecen las quintillas hechas por el propio Gedeón.

SE AUMENTA LA SALIVA que escasee por cualquier causa, con un buche de *Licor del Polo de Orive*, el cual refresca deliciosamente la boca.

L. S.—Madrid.—¡Hombre, ese cuento lo han versificado ya todos los poetas chirles de la creación! Para hacer composiciones sobre asuntos populares, hay que saber escoger.

A. V. Z.—Madrid.—Para contestarle á usted hay que reformar el verso de Blasco y decir:

Sus suspiros son aire y... ¡van al cesto!

A. C.—Madrid.—Es un género tan *personal* el que puso en boga López Silva, que difícilmente acierta otro cualquiera, sobre todo cuando se es principiante. Haga usted otras cosas cuidando siempre la forma y se le protegerá.

V. L. del P.—Valladolid.—Hombre, crea usted que yo no tengo la culpa de que todo lo que me envía sea tan *soso*. Por lo demás, siga usted mandando y yo seguiré... contestándole por los siglos de los siglos. Amen.

PERICO EL DE LOS PALOTES.—Le digo á usted lo mismo que al anterior.

L. G. A.—Barcelona.—Usted mismo se confiesa autor novel y eso le disculpa en parte. Lo que me manda es muy inocente.

SE PONE DOMICILIO á cualquier estación férrea Agua Colonia Orive, enviando Bilbao 8,50 pesetas, 2 litros, ó 16 pesetas, por 4 litros.

A. C. y E.—Lo que más me gusta es lo que me dice usted particularmente en la cuarteta. Estamos de acuerdo y no seré yo el que se ofenda.

C. L.—Algeciras.—Ya dijimos en las condiciones de nuestro certamen que no se admitían originales con pseudónimos. Por venir con él los suyos no puedo aprovechar ninguno.

J. L.—Madrid.—A usted, que sólo firma con las iniciales, le digo lo mismo.

T. E.—Madrid.—Entre sus *Cantares* el único que encuentro con gracia é intención, aunque con poca novedad, es este que copio:

«Para jardines Valencia,
para pesca Rentería,
para tropas Barcelona,
para planchas Almería».

L. S.—Madrid.—Por esta vez no puedo complacerle, pues ambas cosas se han dicho ya *un porción* de veces.

ADMINISTRATIVA

J. G.—Valencia.—Servidos los ejemplares de aumento.

R. S.—Ecija.—Renovada la suscripción hasta fin de Marzo.

E. T.—Almería.—La de usted termina á fines del corriente.

F. B.—Segovia.—Confirmando mi liquidación 31 del pasado.

MADRID, 1901.—Establecimiento tipográfico de Ricardo Fé. Olmo, 4

CARLOS AUBERT • LAS NOVELAS AMOROSAS • Quince céntimos.



BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS FÚNEBRES

La Soledad

DESENGAÑO - 10.

TELÉFONO 205

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas. — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas.
Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

2—ARENAL—2

GAL

2—ARENAL—2

Petróleo para el pelo
3 y 5 pesetas.

Elíxir para los dientes
1,50

Agua de Colonia
1,50

Horquillas rizadoras
Una peseta.

LA JOUVENCE
14, MONTERA MADRID

DERNIERE CREATION DE MME. ANGELE



LE CORSET «LE PRINCESSE»

SI quiere usted aprender á bailar bien las sevillanas, que se las enseñe el maestro Barrera.

TRES PECES, 16—MADRID

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.